



UNA SOLEDAD

De Paula Marull

Estoy parada frente a una puerta. La puerta está en una vereda. Es una vereda con baldosas que imitan la forma de las barras del chocolate Aguila. Es una calle donde no hay peligro. Cuando es de noche hay silencio y bichos volando alrededor de los focos amarillos. Algunas noches el silencio es tanto que se puede escuchar el sonido de la lengua de los sapos cuando se comen a los insectos.

Ahora es de día. Abro esa puerta de madera que es la que separa al resto del mundo de mi casa. Tengo la delgadez inevitable, los kilos que los años se van llevando, los vértices que el tiempo te esculpe en algunos ángulos de la cara.

Tengo una cama doble que uso sólo de un lado y una manta que alguien cosió uniendo cuadraditos de lana tejidos con punto santa clara. Me recuesto en una almohada de goma espuma con forma de triángulo igual a la que tenía mi abuela, y donde aprendí a tejer. Abro un libro que tengo en la mesa de luz. Es un libro que ya leí. Me gusta volver a leerlo cada tanto. Es volver a una casa donde he vivido o veraneado. Pienso en el día que lo leí por primera vez, pero no es eso, estoy pensando en mi mamá. En el día que ella agarró ese libro de mi biblioteca y lo devolvió en silencio, y después me contó que lo había fotocopiado. Pienso en esas cosas que hacía mi mamá por no molestar. Pienso en todo lo que hacemos para no molestar. Pienso en cómo sería la vida si molestáramos más. Que tendría más colores, o colores menos pasteles. Pienso que de tanto no molestar nos hacemos invisibles.

Después de leer me quedo dormida. Descanso. Podría ser un domingo aunque el aire no tiene ese espesor. Debe ser un martes porque el cielo está brillante. Y también porque los martes son distintos, no son ni lunes ni miércoles. Después me hago un té y unas tostadas. No, no es un té. Es un mate cocido. Un mate cocido literal, digamos cocinado. Hago hervir el agua con yerba y después lo cuelo. Una vez que está servido recién ahí unto la tostada. No gano tiempo. No superpongo. Ni siquiera me apuro para

dar un bocado antes de que la manteca se derrita. Ya no me molesta que la manteca no se vea ni se sienta, confío se absorbió como confío que los cuerpos absorben algunos besos. Meriendo en la mesa de la cocina.

El Árbol que tengo en la ventana hace rato que está ahí. A veces el viento le hace agitar las ramas como pidiendo auxilio o diciendo acá estoy. A veces siento que sobreactúa como si pudiera notar que no lo miro y que está muteado para siempre. No puedo evitarlo. Lo ignoro como todo lo que ignoro cada día.

En la esquina hay un árbol, otro, que me ve venir todas las mañanas. Tiene hojas con formas de corazón porque es un Tilo. Me ve sacar la basura y también me escucha inaugurar el silencio de la mañana cuando arrastro las ojotas para baldear o tarreo una canción que se me ha pegado. A veces me suelta hojas rojizas para que las haga deslizar sobre la vereda con la presión que tiene el agua cuando estrangulo la manguera. Ese Tilo sí, hace mucho que me mira. Me doy cuenta aunque no lo diga. Sabe qué tengo exactamente de distinto, de nuevo y de perenne cada mañana y sabe también que va a dejar de verme un día. Que después vendrán otros y más otros a sentirse dueños de esta misma esquina. Le gusta observar cómo estreno la mañana, una página en blanco cada día, piensa: hojas y hojas que ella también despilfarra.

A la tardecita me baño. El agua caliente es amor, pienso. Me pongo crema. Me visto de a poco. Tengo un placar con ropa limpia y tres pares de zapatos. Todos son cómodos, ya no uso taco. Elijo un vestidito de flores y las pantuflas. Me gusta mucho usar pantuflas.

Hay días que tengo un gato. Es una gata que me sigue por todos lados pero no duerme conmigo. No sé exactamente dónde vive ni de quién es, viene y va cuando ella quiere, como sucede con algunas penas. En el patio tengo plantas, suculentas, Aloe Veras y yuyos. Algunos yuyos son hermosos. No nos exigimos. Algunas veces las riego. Al-

gunas a veces florecen. Cuando eso sucede recuerdo que la vida es sencilla. El fondo tiene una parrilla que desapareció bajo una hiedra y un cuartito con llave.

A ese cuartito no voy casi nunca, tiene cosas guardadas. Una bici fija, una sillita de comer, partes de una carpa, la lona de una pelopincho, las rueditas que le sacamos a las bicis de las nenas, la bicicletas de las nenas, una lámpara de techo, una cama cucheta, cañas de pescar, la vajilla de cerámica de veinte cuatro, la granja, la ambulancia y lo que quedó del establo de la Barbie veterinaria. Cosas que no se pueden volver a usar. Cosas que yo no puedo volver a usar pero tampoco regalo.

Mi casa es luminosa y tiene piso de madera. Lo que más me gusta es el sillón del living cuando le da el sol y se pueden ver en el aire las partículas de polvo suspendidas. Entre las hojas del libro hay una foto. Le paso la mano para sacarle el polvo y la acerco a la lámpara de pie para verla mejor. Está movida. Medio fuera de foco. Es una mujer joven. La apoyo en mi pecho y llevo la vista hacia arriba como queriendo ver eso que vemos cuando sacamos la mirada de lo observado. Camino hasta la heladera. Despego uno de los imanes del freezer, el que tiene el teléfono de una farmacia que ya no existe. Cuesta porque está pegado pero lo saco. Pongo la foto sobre la lastimadura que deja el imán de Farmacia Raul y la aseguro con otro: un tomatito crochet con en el cabo imantado que la sostiene al instante.

Es una foto mía. Es de hoy. Tengo puesta esta camisa blanca y el pantalón verde que me compré en Zara. Me pongo los anteojos y me acerco al freezer para verme otra vez. No recuerdo este día, no hace falta. Sé que soy yo aunque esté movida. Sonrió. Imagino que estoy bailando.

Paula Marull (Argentina). Escritora, dramaturga, directora de teatro y actriz. Su ópera prima “Vuelve” fue ganadora del premio Argentores. También escribió y codirigió “Arena, todo se deshace” y “Yo no duermo la siesta” ganadora del premio ARTEI y mención de honor del Fondo Nacional de las Artes. Dirigió “Los ojos de Ana” del Trances Luc Tratar en el Festival Internacional de Dramaturgia Europa + América. Su texto “Soy una canción” abrió el festival internacional FILBA de literatura. Su

texto “Mi Naturaleza” fue parte del ciclo Jardín Sonoro 2020. Escribió y dirigió junto a María Marull las obras del ciclo televisivo “Teatro en casa” para Film and Arts. Actuó, escribió y dirigió “Lo que el río hace” representada en el CTBA, que obtuvo varios reconocimientos, entre ellos el premio RFI, Radio Cultura Francia 2022 a mejor espectáculo, Premio EEBA Escuela de espectadores 2022, Premio Talía de la academia de artes escénicas de España a mejor Obra Latinoamericana.